

nómico de Centroamérica en los últimos seis años, las tensiones sociales no muestran señales de disminuir. Al contrario, están aumentando.

El crecimiento económico *per se* puede ser algo muy conveniente, pero el crecimiento que no se acompaña de un aumento en el bienestar general es un factor poderoso para crear situaciones revolucionarias. Después de todo, la revolución mexicana de 1910, y la cubana de 1958, no ocurrieron en sociedades económicamente estancadas, sino en otras en que el crecimiento para la obtención de beneficios de los empresarios estaba a la orden del día. Todavía no podemos saber si se olvidará en Centroamérica la lección de estos dos sucesos históricos.

MIGUEL S. WIONCZEK  
*Centro de Estudios  
 Monetarios Latinoamericanos*

LORENZO MEYER, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*. México, El Colegio de México, 1968, 273 pp.

En 1961, un analista de la política petrolera norteamericana afirmaba que "para todo el mundo petrolero y para las potencias occidentales que dependen de sus servicios, la experiencia mexicana continúa siendo una advertencia viva y molesta". Esa opinión, citada por L. Meyer en su análisis de las relaciones entre México y Estados Unidos en la cuestión del petróleo entre 1917 y 1942, es muy indicativa de la actualidad del tema. Claro que se trata de una explicación parcial: refleja la importancia de la cuestión para una de las partes involucradas. La obra de Meyer se propone, precisamente, superar las interpretaciones parciales, puramente polémicas o propagandísticas del tema, para analizarlo en su totalidad. Para eso, recurre a una abundante documentación, en su mayor parte inédita, y somete a tratamiento sistemático las fuentes secundarias disponibles.

El período estudiado abarca, como puntos extremos, el año de 1917 —cuando entró en vigor la Constitución revolucionaria mexicana, en la cual se fijaba la separación de la propiedad del suelo y del subsuelo, nacionalizándose las riquezas minerales— y el año de 1942 —cuando se firmaron los acuerdos sobre las indemnizaciones a las compañías petroleras, nacionalizadas en 1938, por el gobierno de Cárdenas. En ese cuarto de siglo, el autor sigue y analiza el ritmo del proceso que culminaría con la aplicación de lo dispuesto por la Constitución de 1917 y posteriormente llevaría a la nacionalización de la industria petrolera en México, por un lado, y la evolución de la política norteamericana en esa área, por el otro. Se trata de ver cómo se combinan, en momentos diferentes, esos dos procesos. Eso significa que el "conflicto petrolero" entre las dos naciones es estudiado, no solamente desde el punto de vista de las relaciones externas entre ambas, sino también a partir del análisis de su situación interna política, económica y social en cada fase del proceso. Todo eso, a su vez, es proyectado contra el telón de fondo de la situación internacional en el mismo período, que abarca dos guerras mundiales y la crisis económica de la década del treinta.

El análisis muestra cómo el petróleo se convirtió en la piedra an-

guiar de un proceso en que, a partir de la nacionalización de las riquezas minerales, presentada oficialmente en 1917, México luchó contra las poderosas compañías norteamericanas (y, secundariamente, inglesas) apoyadas, en grados diversos, por los varios gobiernos de Estados Unidos. Con esta lucha México pretendía garantizar las bases de su autonomía económica. Ésta, a su vez, era obstaculizada por el carácter dominante de las inversiones extranjeras dirigidas hacia la exportación, carácter heredado del período prerrevolucionario (el Porfiriato). Los avances y retrocesos de ese proceso están relacionados con las oscilaciones del movimiento revolucionario mexicano —desde su turbulento período inicial al acentuado retroceso al final del gobierno de Calles y hasta su nuevo impulso con Lázaro Cárdenas— y, al mismo tiempo, con las vicisitudes de la política norteamericana, que condicionaban el apoyo oficial a los intereses de las compañías petroleras. En este contexto, el análisis revela el papel desempeñado por los diversos “grupos de presión” en Estados Unidos y México, en las varias fases del proceso; examina la actuación de personajes particularmente representativos de la acción diplomática de Estados Unidos en el conflicto (a través de lo que se podría llamar “intervencionismo paternalista”, representado por el embajador Dwight Morrow, a fines del período callista, y de la política más abierta, de “Buena Vecindad”, del embajador de Roosevelt ante el gobierno de Cárdenas, Josephus Daniels); y enseña los mecanismos por los cuales las compañías norteamericanas y sus aliados oficiales intentaron subyugar a México, en su decisión de nacionalizar el petróleo, al mismo tiempo que revela los recursos de los que los mexicanos tuvieron que echar mano para hacer valer su emprendimiento. El autor resalta la situación de tensión en que se daba ese proceso: “Exceptuándose el período del presidente Roosevelt y ello debido en gran parte a la situación internacional, que dividió a las grandes potencias en dos bandos antagónicos que competían por el respaldo de ciertos países periféricos, el gobierno americano nunca descartó la posibilidad de emplear a fondo su poder militar contra México... México tuvo que actuar siempre en el supuesto de que en cualquier momento las amenazas podían ceder el puesto a una intervención... En la medida en que las empresas petroleras obtuvieron el apoyo decidido e incondicional del Departamento de Estado, la legislación revolucionaria fue impotente para modificar su *status* en México” (p. 267).

Del análisis hecho resulta con claridad, que la intransigencia norteamericana en relación con los intentos nacionalizadores de México, no se debía tanto a las riquezas directamente en cuestión, sino a los temores suscitados por el precedente que se sentaba con ese acto. Era el ejemplo mexicano lo que estaba de por medio; y es ese aspecto del problema el que garantiza la actualidad de la obra de Meyer.

El trabajo de Meyer es de carácter rigurosamente histórico: se trata de analizar un proceso específico, sin ninguna preocupación por formular o aplicar generalizaciones más amplias, de carácter sociológico, político, o económico. Interpretada en este sentido, se trata de una obra de innegables méritos por la agudeza del análisis, por el cuidado en la documentación, y por la escrupulosa objetividad, que, sin embargo, no cae en una “neutralización” vacía de los problemas. Empero debe ha-

cerse una observación de carácter formal: la lectura se dificulta debido a la falta de un índice analítico, así como también de una bibliografía sistemática, al final del volumen.

GABRIEL COHN

*Universidad de São Paulo*

JEAN-CLAUDE BERNADET, CELSO FURTADO *et al.*, *Brasil hoy*. México, Siglo XXI, 1968, 222 pp.

Este libro reúne trabajos de varios de los más destacados intelectuales brasileños en diversos campos de la investigación en las ciencias sociales y de la cultura en general. Por la amplitud de los temas y las perspectivas variadas desde donde se enfocan, constituye una visión integrada de la compleja realidad brasileña actual, analizada en especial a partir de los problemas que planteó el golpe militar de 1964.

Un primer análisis muestra una posible división de los temas del libro en dos grandes apartados. De un lado, los trabajos de un claro enfoque económico, sociológico y político. Se ubicarían en este grupo los artículos de Furtado, Weffort, Cardoso, Jaguaribe y Fernández. El segundo grupo de trabajos lo constituyen análisis que si bien no varían mucho de los primeros en su enfoque, tienen en principio un objeto diferente aunque no opuesto. En ellos se estudia el problema de la cultura, incluyendo desde los problemas generales de la ciencia, la técnica y la universidad —en el ensayo de Leite Lopez— hasta los problemas de la literatura y el cine —Carpeaux y Bernadet respectivamente.

Celso Furtado se plantea el problema relativo a las posibilidades que tiene Brasil de: a) quedar integrado a grupo regional de países, o b) lograr un desarrollo autónomo. La respuesta a esta cuestión dependerá, según el autor, de la orientación de los grupos encargados de dirigir al país. En estas condiciones, Furtado plantea un primer análisis que constituye el recuento de las transformaciones que Brasil ha sufrido en tres planos básicos: el económico, el social y el político. Ello conduce a mostrar que el paso de una economía agraria a una exportadora, el desarrollo de las masas urbanas y la incorporación política de los sectores medios, han jugado un papel fundamental en el proceso que condujo a Brasil hacia un gobierno de tipo militar.

En este sentido vale subrayar la importancia que la alianza entre una clase media ascendente y un grupo militar con grandes pretensiones políticas jugaron en el proceso. Por otra parte, destaca el hecho de que las clases medias al plantear la necesidad de llevar a cabo serios cambios estructurales, pero careciendo el país de una sólida estructura política popular, evadieron el camino de la reforma para tomar el del gobierno militar.

Partiendo del supuesto fundamental de que los modelos de desarrollo económico no son aplicables libremente a una realidad dada sino que deben corresponder a una serie de características estructurales, Hélio Jaguaribe encuentra que el modelo del colonial-fascismo resultó una respuesta necesaria a la situación brasileña. Dicho modelo tiene como característica fundamental el estar orientado hacia la conservación de las estructuras existentes mediante el uso del poder público. En su